

La transición demográfica y urbana en el marco de la globalización: implicaciones para la articulación económica del espacio urbano–regional

*Julián Ortíz Davison
Enrique Octavio Ortíz Mendoza
Mauro Julián Cuervo Morales**

Introducción

La dinámica urbana es un fenómeno signado por la industrialización; en el caso de México, como en casi toda Latinoamérica, se vincula al impulso de la industrialización sustitutiva de importaciones. De ello emana un sistema urbano funcional al modelo de desarrollo, en el que la concentración demográfica en grandes zonas metropolitanas es un elemento primordial. Sin embargo, en los años ochenta y noventa se observan cambios en esta tendencia que sugieren una incipiente desconcentración demográfica que favorece el crecimiento de las ciudades intermedias, aunque con impactos territoriales diferenciados.

Lo anterior acontece en un escenario en el que Latinoamérica atraviesa por profundos cambios económicos, políticos y sociales. Cabe preguntarse entonces ¿si las tendencias demográficas y urbanas de las dos últimas décadas del siglo XX son reflejo de la globalización o de la inercia del anterior modelo? Y ¿en el caso de México se observa la misma tendencia que en América Latina o muestra comportamientos diferenciados? Más importante aún, para efecto de los objetivos del presente trabajo ¿las nuevas tendencias permiten advertir una nueva estructuración y funcionalidad económica de las ciudades y del sistema urbano–regional del país?

* Profesores-Investigadores del Departamento de Economía de la UAM–Azcapotzalco (jod@prodigy.net.mx y eoom100@hotmail.com).

El presente artículo tiene como objetivo analizar los patrones demográficos y urbanos que tuvieron efecto en el país durante los últimos veinte años del siglo XX, ello es relevante porque en América Latina la globalización incide en los comportamientos tendenciales emanados de la sustitución de importaciones, lo cual se refleja en un cambio en la región. El caso de México supone particularidades debido a la cercanía con los EUA, por lo que puede rearticular los espacios regionales a través del impacto en los patrones económicos derivados de la globalización.

En la primera sección del trabajo se abordan las transformaciones en la funcionalidad urbana y regional con base en los modelos desarrollados por Berry y Geyer y Kontuly, como base para comprender el ciclo evolutivo de las ciudades y sus articulaciones en la configuración del espacio regional. Posteriormente, en la segunda sección, se desarrollan formulaciones teóricas sobre urbanización y globalización, orientadas a comprender sus alcances en la reestructuración del sistema urbano, y sus resultados en el caso de México; donde se destaca las implicaciones económicas tanto en el ámbito urbano como en el regional. Con base en estos resultados, la tercera sección describe el proceso demográfico-urbano mexicano en dos momentos, el de la transición ocurrida entre 1940 y 1980-; y desde 1980 en el ámbito de la globalización.

En las conclusiones se plantean elementos generales que pueden servir de base para el diseño de políticas tendientes a orientar el proceso de consolidación de subsistemas urbano-regionales que contribuyan a mejorar la articulación de las actividades sociales y económicas en el país, en la medida que ello redundará no sólo en una mejor distribución territorial de la población –y el consecuente impacto sobre la sustentabilidad del modelo– sino en mejores condiciones de vida que maximicen el aprovechamiento de las opciones de desarrollo en forma más equilibrada.

Finalmente, esta investigación es resultado del trabajo colectivo desarrollado en el marco del Seminario de Investigación en Economía Regional del Departamento de Economía de la UAM-Azcapotzalco.¹

¹ El Grupo de Investigación en Historia Económica y Economía Regional del Departamento de Economía, que aglutina las actividades del Seminario, es coordinado por Lucino Gutiérrez Herrera y Francisco Javier Rodríguez Garza y cuenta con la participación de los profesores Julián Ortíz Davison, Santiago Ávila Sandoval, Mauro Julián Cuervo Morales, Enrique Octavio Ortíz Mendoza, Cristian Leriche Guzmán y Antonio Cárdenas Almagro. De igual forma, participan el profesor invitado Oscar Rogelio Caloca Osorio y como asesores externos, Miguel Gutiérrez Herrera y Juan José Ramírez Bonilla.

1. La transformación de la funcionalidad urbano–regional

Para analizar la dinámica demográfico–urbana se recurre a dos modelos teóricos sobre comportamiento territorial intraurbanos propios de la formación de las zonas metropolitanas; en ellos se plantean dos visiones del desarrollo urbano que por sus implicaciones se amplían al ámbito urbano–regional. Uno desarrollado por Berry (1980) y otro por Geyer y Kontuly (1993); el primero aborda las diferentes etapas del proceso de urbanización en función de la preeminencia de algunas modalidades migratorias, lo cual implica que tanto en la fase de concentración o de desconcentración, el otro tipo de flujo no desaparece, sino que pierde importancia; el segundo modelo aporta elementos para postular que los grupos de ciudades de tamaño grande, intermedio y pequeño atraviesan por ciclos de crecimiento rápido y lento, los cuales reflejan una secuencia de tendencias, primero hacia la concentración y posteriormente hacia la dispersión o desconcentración, mediante un proceso de urbanización diferencial.

En ambos casos el centro del análisis son las fases del proceso de urbanización, en donde cada una se acompaña del predominio de flujos migratorios específicos, lo que responde a ciertos patrones, como la evolución de determinadas actividades económicas, la descentralización de las manufacturas y el desarrollo del transporte y las comunicaciones. Así mismo, ambos modelos se aplican en un sentido más general, el de la relación urbano–regional, en la medida que no son procesos independientes.

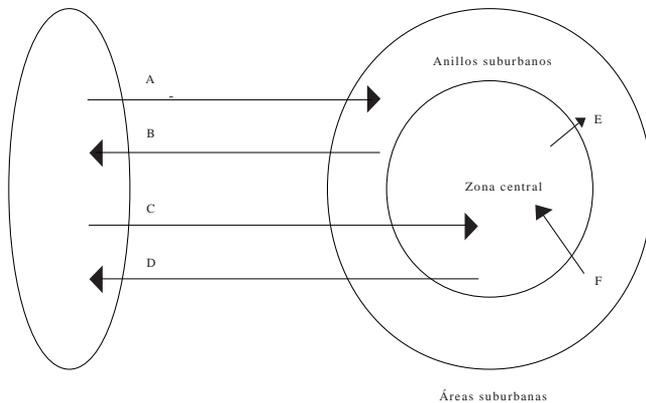
Berry plantea la existencia de cuatro etapas, en la fase inicial predomina el desplazamiento de los migrantes hacia la ciudad y se establece una marcada dominación dentro del sistema urbano (flujos migratorios tipo C y F). El primero representa el flujo migratorio del campo a la ciudad, el segundo simboliza las inmediaciones de lo que con el transcurso del tiempo se convertirá en contorno de la zona metropolitana.

En la segunda fase, denominada urbanización–suburbanización, prevalecen los flujos tipo A, C y E, con la persistencia del crecimiento acelerado en la ciudad central, en donde los dos primeros muestran la continuidad en los flujos migratorios del campo a la zona metropolitana en el proceso de expansión territorial y, el último representa el inicio de la relocalización de algunos habitantes “originarios” de la ciudad central hacia la periferia. (Véase la Gráfica 1).²

² En primera instancia se convertirá en la zona conurbada, es decir, el espacio de influencia inmediata, que puede estar articulado en términos funcionales, mas no físicos a la ciudad central.

En un tercer momento (suburbanización), predominan los desplazamientos tipo A y E, con una expansión que se acompaña de la mancha urbana. Tanto los habitantes originarios como los nuevos flujos migratorios tienden a desplazarse hacia la periferia de la ciudad en busca de nuevos espacios.³ Y en la última etapa, los movimientos preeminentes (desurbanización o cotraurbanización) son del tipo B y D, lo que significa el agotamiento del ciclo de crecimiento urbano (específicamente el metropolitano), y la desconcentración y el crecimiento de ciudades pequeñas e intermedias.

Gráfica 1
Movimientos de población según el modelo de Berry



Fuente: CONAPO (2001: 149).

Los dos flujos característicos de la última etapa suponen la migración de las zonas metropolitanas, tanto de la ciudad central como de la periferia, hacia otras ciudades; preferentemente hacia ciudades intermedias que ofrecen mejores condiciones de vida y cuentan con ventajas comparativas, no sólo en términos sociales de vida sino económicos.

La utilidad del modelo Geyer y Kontuly radica en que al vincular la evolución demográfica con el crecimiento urbano permite, mediante una ampliación del mismo, transferir algunos elementos para el análisis urbano–regional, pues crecimiento demográfico–urbano y dinámica urbano–regional son dos procesos simultáneos que no pueden separarse.

Estos ciclos reflejan una secuencia de tendencias hacia la concentración en la primera etapa y, posteriormente, hacia la dispersión o desconcentración,

³ Una visión inicial de este proceso es el traslado de la población de menores ingresos hacia la periferia, y que en otro momento se asocia a población de altos ingresos que generan espacios cerrados para habitar, derivando en la “coexistencia” más no en la “convivencia”; a través de modalidades como fraccionamientos, clubes y otros.

mediante un proceso de urbanización diferencial. Y en cada etapa los flujos migratorios –principales y secundarios– reflejan la operación y predominio sucesivo de las fuerzas concentradoras y desconcentradoras que modelan el sistema urbano.

Los sistemas urbanos transitan a través de una etapa inicial (Fase A), en la cual una proporción considerable de las actividades económicas de base urbana y de los migrantes interregionales son atraídos a la ciudad principal o hacia ciudades que crecen con rapidez. En una segunda etapa (Fase B) surgen los contornos urbanos y se expanden debido a la migración rural-urbana e intraurbana. Las ciudades intermedias del sistema urbano empiezan a beneficiarse lentamente de los flujos migratorios.⁴ En este mismo proceso, algunos centros logran crecer más rápido que otros debido a sus atributos de localización.

En la tercera fase, las deseconomías de aglomeración propician que la ciudad principal desarrolle, mediante un proceso de desconcentración intrarregional, un carácter multicéntrico o megalopolitano (Fase C). En consecuencia, el crecimiento de los principales centros urbanos se acompaña del crecimiento de algunas ciudades cercanas a ellas, especialmente del tamaño intermedio, en consecuencia, adquieren fuerza los flujos de tipo urbano–urbano, metropolitano–urbano e intermetropolitano. En esta fase el sistema urbano nacional se expande, madura y se hace más integrado espacialmente; se incorporan nuevos centros a los estratos inferiores de la jerarquía urbana y otros se mueven hacia estratos superiores, al tiempo que emergen y se desarrollan varios subsistemas organizados territorialmente. Al llegar a este punto de inflexión se inicia gradualmente una reversión del patrón concentrador.⁵

En la siguiente etapa las fuerzas desconcentradoras adquieren ímpetu, propiciando que un conjunto de ciudades de tamaño intermedio observen un crecimiento desigual, no necesariamente contiguas a la región metropolitana principal (Fase D). La ciudad o ciudades principales ganan todavía población en términos absolutos, aunque empiezan a perderlo en términos relativos, respecto a las ciudades de tamaño intermedio y al total urbano. Los anillos suburbanos de las ciudades principales experimentan una dinámica de crecimiento cada vez más discreta por el debilitamiento de su poder de atracción migratoria.

A su vez, los procesos de suburbanización y, más tarde, de desconcentración intrarregional tienden a repetirse ahora en las ciudades interme-

⁴ En sentido más amplio, las ciudades secundarias se definen como las ciudades que no son la ciudad central o principal.

⁵ Desterritorialización de acuerdo a la denominación Wong–González (1999: 17).

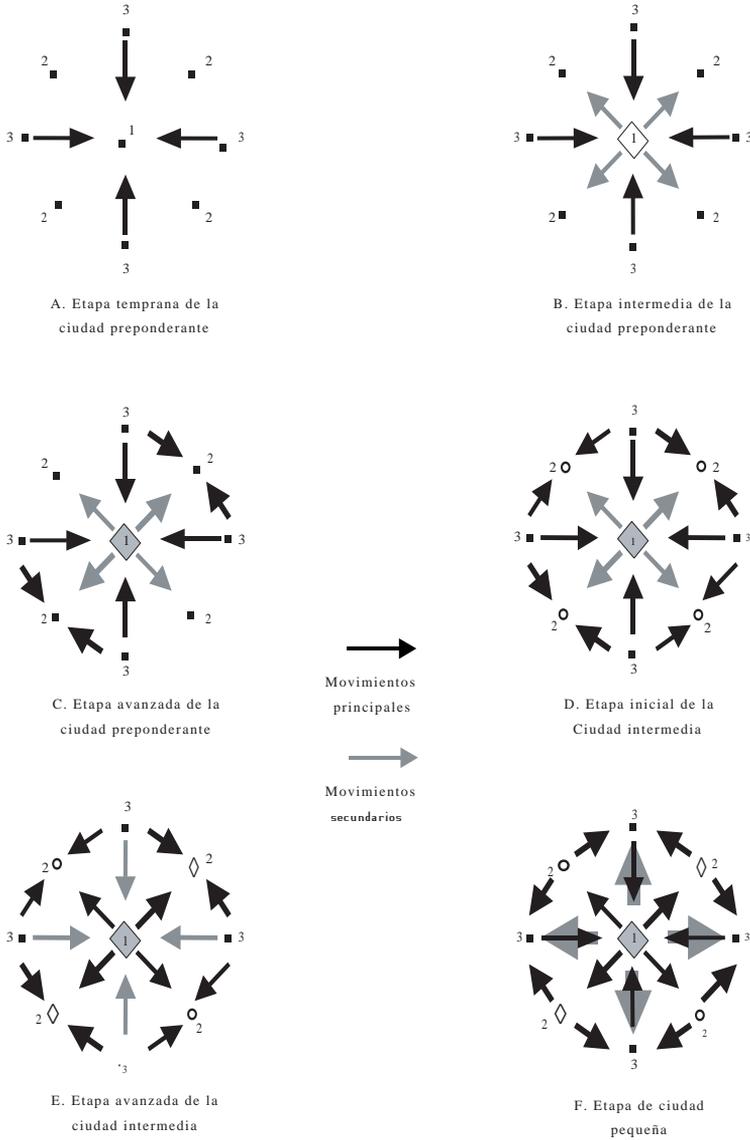
días de crecimiento más vigoroso, aunque en pequeña escala. Más tarde, todos los anillos de la región metropolitana principal empiezan a perder población en términos absolutos, aunque la pérdida experimentada por la ciudad central es mayor que la de los anillos suburbanos (Fase E).

Finalmente, toma fuerza la desconcentración desde la ciudad principal y las ciudades intermedias hacia los centros urbanos pequeños, cuyo desarrollo permite emprender ciertas actividades económicas. Las ciudades con atributos de localización excepcionales y más cercanos a los centros de tamaño grande e intermedio se desarrollan primero, posteriormente sin embargo, los núcleos más alejados empiezan a atraer migrantes. En esta etapa, la dinámica de las ciudades proviene de su crecimiento natural y en gran medida de la migración interurbana y metropolitana–urbana (Fase F).⁶

El valor de estos modelos surge de los elementos que aportan para comprender el surgimiento y gradual predominio de algunas modalidades migratorias a través del ciclo de desarrollo urbano. Y cómo, de este ciclo, es posible derivar la posible tendencia y rearticulación territorial del sistema urbano nacional en el marco de los impactos de la globalización y de la incipiente tendencia a la desconcentración urbana de los años ochenta y noventa del siglo pasado.

⁶ Nuevas formulaciones teóricas sobre el proceso urbano denominan a esta etapa como *contraurbanización* (Graizbord, 1984).

Gráfica 2
Modelo gráfico de las etapas de urbanización diferencial.
Movimientos principales y secundarios



Fuente: CONAPO (2001: 150).

2. El proceso de globalización y su impacto en la organización urbano-regional

2.1 Planteamiento del problema

El concepto de globalización ha permitido explicar muchas de las transformaciones ocurridas en el mundo en las dos últimas décadas del siglo pasado, una visión al respecto establece que “puede ser caracterizada como un proceso multidimensional que trasciende las esferas: económica, política, social y cultural”.⁷ En el aspecto económico el concepto implica la existencia de una “integración global de la producción, el comercio, el financiamiento, la organización de la información y la tecnología”.⁸

Empero, resulta pertinente aclarar que no existe un consenso respecto a las implicaciones de tipo espacial que la globalización acarrea en la medida que depende de la capacidad de rearticulación que poseen las regiones frente a las opciones surgidas del comercio mundial y, esto, es la mayor de las veces contradictorio y en ocasiones paradójico; de modo tal que no existen las mismas tendencias espaciales para todos.

2.2 El debate teórico

Es posible establecer que los modelos de organización espacial de las ciudades han respondido a factores diferentes. Por ejemplo, la modificación de las concepciones industriales y económicas emanadas de las economías cerradas, parte de los modelos espaciales resultantes de la reestructuración productiva, esto es, de la emergencia de un sistema de producción flexible y menos dependiente de localizaciones espaciales específicas.

Sin embargo, no existen pautas definidas o únicas, por ello la reorganización de las estructuras territoriales y la creación de nuevos espacios para la producción, dan origen a un debate sobre la concentración/desconcentración, en donde los elementos del mismo son la revalorización del espacio local/regional, la disminución del control del Estado sobre el espacio y el tiempo, la transformación significativa en la división regional y en el perfil del mercado de trabajo.⁹

⁷ Wong-González (1999: 5).

⁸ Wong-González (1999: 5).

⁹ Cunha (2000).

La enumeración de estas características señala las múltiples vertientes del debate y de las posibles líneas de investigación, sin embargo, para efecto del objetivo que se persigue, interesan las tendencias de la redistribución espacial asociadas a la transición de un régimen de acumulación fordista a otro de acumulación flexible.¹⁰

Harvey muestra que el sistema de mercado trató de superar sus crisis del periodo fordista con la reorganización de tiempo y espacio, llevando a nuevas formas de producción que descartaron prácticas como la integración vertical, para sustituirlas por estructuras desintegradas, como las subcontrataciones, los cambios en la localización de plantas industriales, el cambio de un modelo de *stocks* y productos de larga duración por el proceso *just in time* y productos efímeros.¹¹

Para Baeninger ese proceso configuró algunos espacios urbanos que presentan transformaciones significativas en términos económicos, políticos y sociales en un esfuerzo de inserción en la dinámica global. Así, la reestructuración parece ser “el elemento clave que marcará los rumbos de las ciudades en el final de este siglo”.¹²

Según Benko (1996), este proceso provoca una nueva división espacial e internacional del trabajo, una vez que: [...] diferentes fases del proceso de producción son atribuidas en el espacio de modo diferenciado, en función de sus características tecnológicas y del nivel de calificación que requieren. [...] las actividades de alto tecnicismo y funciones directivas son reservadas a las regiones centrales y las tareas repetitivas, poco calificadas y que requieren considerable mano de obra son relegadas a la periferia.¹³

En tal sentido, se refuerza la dimensión de la especialización interregional y se crea una concepción dual del desarrollo regional económico que involucra, por un lado, a la economía global como “un mosaico de sistemas de producción regio-

¹⁰ En un interesante y didáctico ensayo, Baeninger (1999) advierte que la cuestión del “nuevo” régimen de acumulación flexible no es de consenso entre los teóricos. Algunos creen prematuro pensarlo como el “vector de una nueva era social” que configuraría una ruptura total con el pasado fordista (Amim y Robins, 1994); otros ven en las transformaciones vigentes mezclas de situaciones que van desde la flexibilización hasta el viejo fordismo, “implicando la convivencia de distintos modelos de organización del trabajo [...]” (Leborgne y Lipietz, 1994); como forma aún más crítica, Baeninger menciona la contribución de Santos (1997), que postula la clara delimitación espacial de la globalización y flexibilización, lo que implica la coexistencia en una región de diferentes situaciones, a las que denomina zonas luminosas, opacas e intermedias.

¹¹ Harvey (1992).

¹² Baeninger (1999: 3).

¹³ Benko (1996: 52), traducción de los autores.

nales especializados” y, por otro, a un “entramado planetario de ligazones interindustriales, de flujos de inversiones y de migraciones de población”.¹⁴

Las transformaciones económicas que implica la globalización poseen efectos en la redefinición territorial del espacio económico–social, es decir, existe un carácter territorial de los factores decisivos para el desarrollo de países, regiones y redes globales de producción que definen los roles de espacios locales.

Al respecto podemos observar lo siguiente:

- a) La lógica del nuevo sistema no implica necesariamente una contraposición entre desconcentración y aglomeración. Por un lado, la mayor flexibilidad de localización de las actividades productivas y las mejoras en la infraestructura de transportes y comunicaciones (Venables, 2000) posibilitan o, mejor dicho, motivan la desconcentración de la actividad;¹⁵ por otro lado, la globalización privilegia –por lo menos en un primer momento– los grandes centros en su condición de localización preferente, para ubicar a las empresas que manejan los negocios externos (Henderson, 2000), y permite que “su sistema de división del trabajo y de externalidades” se extienda de manera integrada a su *hinterland* (Benko, 1996).
- b) “La globalización del tejido industrial se caracteriza porque la expansión de las actividades, impulsada por la metrópoli no implica una estructura regional desequilibrada ‘centro–periferia’, sino un sistema tecnológicamente cohesionado, fuertemente integrado y descentralizado” (Benko, 1996). Por tanto, quizá lo más interesante de estas nuevas tendencias de localización –y que ayuda a entender la ocurrencia de espacialidades, difíciles de prever en el pasado– sea la revalorización del nivel local con la globalización.

Harvey sostiene que “el aumento de la competencia en condiciones de crisis presionó a los capitalistas a poner más atención a las ventajas de localizaciones relativas”.¹⁶ En ese sentido, una vez integradas algunas partes del territorio nacional a un sistema global de producción, pueden experimentar un importante desarrollo, aunque se encuentren localizadas en regiones sin expresión económica, social y/o política. Sin embargo, parece claro que la accesibilidad –física o virtual según el producto– a los mayores centros o zonas de exportación, o la localización estratégica, particularmente en el caso de los recursos naturales, son características

¹⁴ Benko (1996: 54).

¹⁵ Estas motivaciones provienen de un conjunto de problemas existentes en las grandes aglomeraciones que se denominan “deseconomías de aglomeración”, y que involucran, entre otros aspectos, el costo de la tierra y la mano de obra, la disponibilidad y la organización de los trabajadores, etc. (Harvey, 1992) y (Henderson, 2000).

¹⁶ Harvey (1992: 265), traducción de los autores.

esenciales para que esas áreas se confirmen como tales.¹⁷ Se puede afirmar entonces, que:

[...] la globalización refuerza las estrategias de especialización regional y resulta de la propia dinámica de la producción regionalizada de las grandes empresas y también una forma de respuesta de los Estados nacionales para enfrentar los desafíos destructivos de la globalización.¹⁸

Pero tales ventajas no implican necesariamente una mayor concentración, especialmente de las actividades industriales, porque como establece Wong-González (1999) “las tendencias de dispersión o de concentración, no pueden ser generalizadas” toda vez que “ellas varían de un sector productivo a otro y aún entre los distintos segmentos productivos de un mismo sector”. Además, los patrones de dispersión/concentración también pueden variar en el tiempo, lo que dificulta establecer un patrón para los impactos territoriales de la globalización.¹⁹

Entonces, la globalización puede contener efectos distintos dependiendo de las características del país y de su aparato productivo, lo válido es que sus impactos son decisivos sobre los principales centros urbanos en términos de su estructura productiva y, por ende, en el mercado de trabajo con implicaciones en la propia dinámica demográfica y migratoria. Castells (1998) afirma que “en cualquier proceso de transición histórica, una de las expresiones de cambio sistémico más directo es la transformación de la estructura ocupacional, es decir, de la composición de las categorías profesionales y del empleo”.

Varios de los estudios centrados en el mercado de trabajo y sus transformaciones en la era de la globalización coinciden en destacar el cambio radical de ese mercado en Latinoamérica. Gwynne (1999) señala que las reformas neoliberales adoptadas por los países para enfrentar sus crisis fiscales a comienzos del decenio de 1980 contuvieron impactos importantes sobre el mercado de traba-

¹⁷ Por ejemplo, las tendencias de desplazamiento de personas en edad activa y de ciertas actividades productivas hacia áreas periféricas, o bien de lugares de trabajo hacia el hogar (Champion, 1998), (Tofler, 1993) dependen más del acceso “virtual” permitido por el gran avance de la microinformática y las comunicaciones que de la existencia de rutas o carreteras.

¹⁸ Pacheco (1998) en Patarra (2000).

¹⁹ En el caso de nuestro país, Garza (1999: 6) cuestiona la visión predominante que plantea una tendencia hacia la reducción de la concentración en la ciudad de México. Apelando a la aparición de una “megalópolis” alrededor de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México y a la evidencia que proporciona el censo de 2000, el autor concluye que “no se observaron cambios significantes en la distribución de la población de México entre 1970 y 2000” e incluso los efectos proyectados de actividades económicas como la “maquila” no fueron los esperados en términos de modificaciones en el cuadro distributivo de la población nacional” y que “el escenario esperado en términos de la distribución demográfica a favor del norte de México y en detrimento de la región central no era aún visible en 2000”.

jo, en particular en materia de empleo formal y de desempleo que impactan los flujos migratorios y por lo tanto el crecimiento de las ciudades.

Estas reflexiones llevan a pensar en los movimientos migratorios y la redistribución espacial de la población, fenómenos básicos para entender los caminos recorridos por la urbanización regional; sobre todo en lo que se refiere al surgimiento de una nueva tendencia desconcentradora. Así, puede destacarse que la globalización provoca impactos en la creación de nuevas espacialidades, o “espacios de la globalización” (Baeninger, 1999). Sin embargo, existen dudas sobre su magnitud y su efecto en la articulación regional que propicia.

Baeninger, al respecto, revive la contribución de Gottdiener al debate, cuando señala que este autor reconoce el impacto de las transformaciones contemporáneas en el espacio urbano, y sostiene que las nuevas formas espaciales observadas en los EUA fueron provocadas por factores que ya se encontraban presentes tiempo atrás en la sociedad. Sin embargo, reconoce que esa nueva etapa del capitalismo tuvo implicaciones decisivas en el tejido social de los centros urbanos.²⁰

Castells (1998) reconoce que la reestructuración productiva promovió y continúa reforzando la dualización de la sociedad en diversos aspectos, por ejemplo, la precarización del trabajo. Y quizás ésta sea una de las principales implicaciones del proceso en cuanto a entender fenómenos actuales como la metropolización, la periferización y otros.

2.3 Globalización en América Latina y sus efectos urbanos

En esta región se observa un proceso de segregación urbana. En general cuando se piensa en la dinámica demográfica intraurbana o intrametropolitana o, de manera más general, en la expansión urbana surgen dos cuestiones: a) el patrón “periférico” del crecimiento –caracterizado por la ubicación de la población con bajos recursos en áreas cada vez más lejanas de los centros valorizados– y, como consecuencia de lo anterior, b) el sostenido proceso de segregación espacial.

Ambas situaciones hacen difícil precisar cuánto de lo que se ve en la dinámica contemporánea de nuestras metrópolis es fruto de la globalización. En todo caso, algunas tendencias de este periodo modifican la dinámica de las grandes aglomeraciones urbanas. Además de la profundización de la dualidad social, encontramos las formaciones “polinucleares” (Carlos, 1996), “pluripolares” (Benko,

²⁰ Un análisis comparativo de los efectos de la globalización sobre los espacios urbanos de Europa, EUA y América escapa a los objetivos del presente artículo, sin embargo, cabe señalar que en mucho, los resultados que se observan también están influenciados por la historia y la trayectoria previa a la apertura económica.

1996) o “policéntricas” (De Mattos, 2001) en la metrópolis o en su región de influencia, es decir, una traducción de la nueva organización territorial donde “los principales sistemas locales comparten las funciones superiores regionales” (Benko, 1996: 63).

Aunque lo anterior supone el surgimiento de sistemas urbanos en los que se verifica la desconcentración, la refuncionalización de las ciudades y de un sistema urbano estructurado en todos los ámbitos. Ejemplos de este tipo de formaciones urbanas pueden ser São Paulo,²¹ en México la ciudad homónima y su *hinterland*,²² en Chile la región de Santiago y quizás Valparaíso,²³ y en Argentina Buenos Aires y La Plata.

El otro tema relevante al respecto del impacto de la globalización y el proceso de concentración/desconcentración de la población es la constitución de las redes de ciudades. Al respecto, el análisis de los datos muestra que en las últimas cuatro décadas se consolidó una tendencia a la concentración de población en las ciudades mayores. No hay signos en América Latina de lo que en Europa y los EUA se denominó contraurbanización (Champion, 2000). Si bien, las décadas recientes se vieron marcadas por una reducción importante del crecimiento metropolitano, en el caso de México se registra algún grado de desconcentración demográfica hacia otras regiones, el fenómeno metropolitano está aún presente en el escenario regional.²⁴

Al respecto se observan dos fenómenos, el crecimiento de las periferias metropolitanas a un ritmo mucho más intenso que las ciudades centrales, cuando la población de las zonas centrales metropolitanas disminuyó su crecimiento como reflejo de los procesos intraurbanos de carácter social, económico y político que implican una redistribución demográfica de la población; y que el proceso de concentración/desconcentración no necesariamente se reflejó en el desarrollo de un sistema urbano más desconcentrado territorialmente, sino que favoreció a ciudades del espacio inmediato a las grandes zonas metropolitanas.

Adicionalmente, Harvey (1992) establece que las últimas décadas del siglo pasado se caracterizaron por un cambio importante en la noción de tiempo y espacio, pero también en la noción de territorio o región. Wong-González (1999)

²¹ Sea en la propia región metropolitana (entre la capital y el llamado ABC paulista) o fuera de ella (Campinas y Santos).

²² Que comprende áreas como Cuernavaca, Puebla, Querétaro, Toluca y Pachuca.

²³ En este caso, cuando se habla de la región de Santiago de Chile no se refiere a la región metropolitana que comprende un espacio mucho mayor, referido a las grandes regiones político administrativas y no al *hinterland* de Santiago.

²⁴ Baeninger (2000) y Patarra (2001) para Brasil; Negrete (1999) y Hiernaux (1998) para México.

destaca, citando a Boisier (1993), que actualmente se considera la noción de región virtual, en la cual:

[...] la contigüidad geográfica no es condición indispensable para lograr la conformación regional [por lo que] rompe de hecho con una serie de rigideces abriendo un abanico más amplio para el análisis regional (1999: 23).

Y en este sentido, obliga incluso a repensar el concepto de región, pues es o era, asociado precisamente al antiguo modelo de desarrollo.

Lo que no puede negarse es que las transformaciones ocurridas en el mundo, en estos veinte o treinta años, tuvieron especial significado para la urbanización y para la concentración demográfica en las grandes metrópolis de América Latina.

Los cambios no se limitaron a una simple reducción del crecimiento urbano, también se registraron signos de desconcentración demográfica, elevado dinamismo de las ciudades intermedias y revitalización de algunas zonas rurales. Aunque la importancia de las ciudades intermedias está ligada a su papel funcional en la red de ciudades y a su crecimiento urbano significativo en la última década; a pesar de que a partir del decenio de 1980 disminuyeron sus tasas de crecimiento, en Brasil y México el ritmo es elevado.

A medida que la urbanización y la transición demográfica se desarrollaron, se avanzó no sólo hacia una reducción del crecimiento de las ciudades mayores y a una atenuación de la concentración demográfica sostenida en las grandes ciudades. Creer que este fenómeno implica otro, el de una desconcentración demográfica en alta escala parece, al menos por el momento, una conclusión demasiado precipitada; de hecho, parece casi imposible. Las nuevas regiones de ciertos países ganan importancia demográfica y económica y, por tanto, restan peso relativo a la ciudad o aglomerado urbano mayor (Garza y Schteingart, 1984; Negrete, 1999 y Hiernaux, 1998).

Esto no implica que la ciudad central pierda tal posición; se reduce su peso en el sistema como concentradora de habitantes, pero no su papel. Los cambios implicaron la reducción del dinamismo, y no del liderazgo de la principal metrópoli y su *hinterland*, pero redujeron su atractivo para los migrantes y su capacidad de retención y así lo confirma el crecimiento de la migración de retorno desde Buenos Aires (Lattes, 1995), México (Negrete, 1999) y São Paulo (Cunha, 2000).

Lo que puede estar sucediendo en algunos países no es necesariamente un proceso rumbo a la “desmetropolización”, “interiorización” o

“desconcentración” significativa de la población, sino uno que va hacia una redistribución regional menos concentradora; ese parece ser el caso de México (Pimentel, 2000) y Brasil (Baeninger, 2000), con tendencias al crecimiento regional más allá de las mayores metrópolis, pero que en gran medida mantienen un importante grado de concentración demográfica en las ciudades grandes e intermedias, particularmente en los aglomerados urbanos de mayor tamaño.

Por ejemplo, en el caso de México, las áreas fronterizas estuvieron entre las de mayor crecimiento demográfico. Parece haber cierta asociación entre las tendencias demográficas fuera de los grandes centros urbanos, financieros y de decisión y el desarrollo de actividades que dan a estas áreas algunas ventajas comparativas. Sin embargo, es prematuro afirmar que la concentración demográfica en la región está experimentando una reversión definitiva y significativa. A pesar de la reducción del crecimiento total, estas áreas siguen registrando grandes aglomeraciones que crecen más que el promedio nacional. Es el caso de Monterrey, Guadalajara, Puebla y Ciudad Juárez.

Debe considerarse que esta aparente tendencia a la desconcentración relativa no se da como sería deseable de manera equilibrada, pues las regiones emergentes son muy específicas y dependen cada vez menos de la coordinación del Estado, y en mayor grado de las vicisitudes del exterior y del mercado globalizado.

Si bien una discusión sobre el sistema de asentamientos humanos, que promueve la globalización y el avance del capitalismo global, es clave para bosquejar el proceso de redistribución espacial de la población de la región, también es crucial el análisis de la dinámica interna de las grandes aglomeraciones que, a causa de las décadas de crecimiento y concentración demográfica, todavía poseen un gran potencial para la redistribución con consecuencias en su estructuración espacial y en su tejido social.

Las mayores aglomeraciones de los países latinoamericanos registran una significativa expansión demográfica de sus áreas periféricas, mientras que en las zonas centrales la tasa de este crecimiento es reducida; esto último no se debe a la reducción de la migración desde el campo o desde otras ciudades, ni al descenso del crecimiento vegetativo, sino a los procesos de redistribución intrametropolitana, de complejidad y magnitud crecientes.²⁵

América Latina no enfrenta una redistribución de la población sostenida e irreversible marcada por la “desmetropolización” y la “desconcentración

²⁵ El término vegetativo asociado a la población, se refiere al hecho de que dada una relación técnica para determinadas actividades económicas, es posible establecer la demanda de trabajo asociada y la oferta excedente al equilibrio es considerada población vegetativa.

demográfica”, aceptar esto podría llevar a la falsa impresión de que los países se encaminan a una distribución espacial de la población más equilibrada. En ese sentido, si bien existe una tendencia de reducción de crecimiento de las grandes ciudades, aún se nota la hegemonía del patrón concentrador en el diseño regional de los países latinoamericanos. Reconociendo el incremento de población en las ciudades intermedias, es posible mostrar que las pérdidas relativas de las grandes aglomeraciones y/o ciudades no se dieron a favor de aquellas, y sí se aglutinaron en las localidades aledañas.

Los datos sugieren que en varios países de la región se está configurando una “dispersión *relativa* de carácter concentrado”. El término “dispersión concentrada” no posee la connotación utilizada hasta ahora, es decir, no se refiere a una dispersión dentro de un espacio geográfico mucho más amplio –pero todavía circunscrito en términos regionales–, es más bien aplicada en el sentido de que al tiempo que existe una tenue orientación a la desconcentración demográfica, ésta sucede de manera más contundente en favor de otras aglomeraciones, pero ahora en otras regiones del país.

Lo que determina la localización de estas áreas son sus ventajas para abrigar actividades productivas que les otorguen un lugar “competitivo” en un mundo globalizado que, de acuerdo a Pacheco (1998), acaba “fragmentando la nación”. Dicho en otros términos, ya no existen condiciones demográficas para que las grandes zonas metropolitanas puedan sostener la dinámica de 1940 a 1980.

3. La evolución demográfico–urbana en México

3.1 La transición demográfico-urbana en el marco del modelo de sustitución de importaciones (1940-1980)

En el contexto de este modelo, la industrialización y las actividades urbanas fueron impulsadas desde finales de los años treinta. Con ello se sentaron las bases para la transición demográfica y urbana entre 1940 y 1980.²⁶ Periodo en el cual el perfil demográfico y urbano del país se modificó. Al inicio de los cuarenta la población urbana representaba casi el 20.1% de la población total, y cuatro décadas más tarde

²⁶ Antonio Ortíz Mena, señaló: “en México se produjo un gran ciclo de expansión del capitalismo industrial que comenzó desde los años treinta, y que luego de la Segunda Guerra Mundial compartió los rasgos generales de lo que en América Latina se dio en llamar el modelo de la sustitución de importaciones” (1960).

se observa el predominio de las ciudades como centros aglutinadores, pues 54% de los 100 mexicanos habita en alguna localidad urbana.²⁷ Por su parte, el sistema nacional de ciudades evolucionó de 56 en 1940, a 226 en 1980, con una creciente dinámica a lo largo del periodo. Esto supone un proceso de urbanización que:

[...] hasta la década de 1970 tiene las siguientes características: 1) alto crecimiento demográfico urbano –y la importancia de su peso relativo en la población– debido a los elevados niveles de fecundidad y, sobre todo, a la alta migración urbana/rural; 2) la reclasificación de los espacios rurales [en urbanos] y, 3) [una] tendencia continua a la concentración de la población en las ciudades de mayor tamaño, reforzando la metropolización.²⁸

Diversos factores inciden en este fenómeno: la industrialización sustitutiva que implicó la creciente concentración de actividades productivas en las ciudades, pasando por la concentración de tierras en algunas regiones y el cambio de cultivos, que provocaron un excedente demográfico en las áreas rurales. Así, desde los años cuarenta México experimenta transformaciones económicas y sociales que ejercen un impacto directo en la estructura demográfica y en la distribución espacial de la población.

En lo que se refiere al creciente peso de las ciudades de mayor tamaño, en el escenario urbano se observa el predominio de las ciudades con más de un millón de habitantes. En 1940 las ciudades en este rango-tamaño son México, Guadalajara y Monterrey; y no es sino hasta 1980 cuando se incorpora la ciudad de Puebla, todas ellas en conjunto incrementan su peso relativo en el total urbano.

Pero nuestro país presenta una evolución que requiere ser matizada, pues si bien se incrementa el número de ciudades intermedias a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XX –al igual que en Latinoamérica–, en los ochenta el crecimiento del conjunto de ciudades millonarias se detiene, para reanudar en los noventa, lo cual marca una diferencia respecto de América Latina, y la población vinculada a este segmento urbano recupera importancia.²⁹

²⁷ De acuerdo con los criterios establecidos por CONAPO (1994), se considera urbana la población en localidades con 15 mil y más habitantes.

²⁸ Lattes (1995), Jordán (1982), CEPAL (1979) y Di Filippo (1975).

²⁹ Se consideran ciudades intermedias aquellas con población entre 500 mil y 999,999 habitantes. (CONAPO, 1994).

3.2 Las décadas de 80 y 90 ¿El camino de la desconcentración urbana y de la reestructuración urbano–regional?

La evolución urbano–demográfica en México muestra algunas peculiaridades. En 1980 se registra el mayor peso relativo de la población en las cuatro ciudades con un millón y más habitantes (51.3%), respecto al total de población urbana. A partir de este hecho es menester diferenciar dos situaciones antes de aseverar que la población en estas ciudades se incrementa. Si se considera el total de la población en ciudades, este rango observa la continuidad de la tendencia creciente en el total urbano (52.1% en 2000), empero si se diferencian los resultados a partir de dos conjuntos: a) las cuatro ciudades de 1980 y b) las cinco ciudades que se incorporan entre 1980 y 2000 el peso relativo de las primeras cuatro se reduce a 8.5 puntos porcentuales entre 1980 y 2000, por lo que el incremento “sostenido” de este segmento urbano se explica por la incorporación de nuevas urbes al estrato de un millón y más habitantes; lo cual confirma una misma dinámica en México y el conjunto latinoamericano, la pérdida de peso relativo en el total urbano.

Esto se corrobora al analizar las tasas de crecimiento medio anual de las cuatro ciudades millonarias de 1980, que aumentan a ritmos de 1.9% promedio anual en los noventa, frente a 2.3% promedio anual del total urbano. Es más, al comparar la evolución en cada uno de los lustros de la última década, se observa con mayor claridad la tendencia decreciente en el ritmo de crecimiento de las ciudades iniciales con un millón y más habitantes (véase el Cuadro 1).

Los resultados obtenidos por las ciudades millonarias permiten inferir dos hechos más: el crecimiento medio de la población urbana del país supera al de las cuatro mayores ciudades iniciales y, el peso relativo de las nuevas ciudades con un millón y más se incrementó significativamente debido a la inercia de los ritmos de crecimiento previo.

En lo que se refiere al estudio del crecimiento y consolidación de las ciudades intermedias, se parte de una serie de interrogantes: ¿las tendencias observadas apuntan hacia una transformación en los patrones de crecimiento urbano?, ¿prosigue el crecimiento desequilibrado del sistema de ciudades a favor de las principales metrópolis del país y de la región centro? o ¿puede sostenerse que está ocurriendo un proceso de desconcentración a favor de las ciudades intermedias? Y si es así, ¿se trata sólo de un proceso de desconcentración intrarregional a favor de las ciudades de tamaño intermedio localizadas dentro del área de influencia regional de las principales metrópolis? o ¿acaso ya se manifiestan signos de desconcentración que trascienden el ámbito regional?

Cuadro 1
México: población urbana total y en ciudades
con un millón y más de habitantes
1900-2000

<i>Ciudad / Censo</i>	<i>Población</i>			<i>Tasa de crecimiento intercensal</i>		
	<i>1990</i>	<i>1995</i>	<i>2000</i>	<i>1990-1995</i>	<i>1995-2000</i>	<i>1990-2000</i>
Pob. Urb. México	50,636,063	58,450,669	63,234,553	2.6	1.9	2.3
Total ¹	22,519,429	27,540,816	32,938,943	3.6	4.3	3.9
4 iniciales ²	22,519,429	25,363,227	27,083,405	2.1	1.5	1.9
Total ¹	44.5	47.1	52.1			
4 iniciales ²	44.5	43.4	42.8			

¹ El total considera cuatro ciudades en 1990 (Zona Metropolitana de la Ciudad de México, Zona Metropolitana de la Ciudad de Guadalajara, Zona Metropolitana de la Ciudad de Monterrey y Zona Metropolitana de la Ciudad de Puebla); en 1995 se suman las zonas metropolitanas de las ciudades de León y Tijuana, en 2000 Ciudad Juárez y las zonas metropolitanas de Toluca y Torreón.

² Considera la información de las cuatro ciudades con un millón y más habitantes de 1990.

Fuente: elaboración propia con base en CONAPO (2003b).

Inicialmente, en el ámbito más agregado del análisis de las ciudades intermedias, lo primero que se puede señalar es la complejidad para arribar a una conclusión clara, pues por una parte este rango nutre al de las mayores ciudades, al tiempo que se alimenta del estrato inferior.³⁰ Razón por la cual se contemplan tres categorías de análisis y se reconoce que ello puede derivar en diferencias de grado o tendencia; pero más importante que esto es la identificación de las fuentes de dichos resultados.

Las ciudades con población entre 500 mil y menos de un millón habitantes ascendía a cuatro en 1980, al final de esa década alcanzó la cifra de 14 y al finalizar los años noventa se incrementa a 15; en términos cuantitativos el incremento de las ciudades intermedias parece sugerir el inicio de la desconcentración urbana.

La categoría *total* que incluye la población de todas las localidades, en algún momento clasificadas como intermedias³¹ muestra dos resultados relevantes: 1) que el peso relativo de la población se incrementa respecto del total urbano a lo largo de los noventa y 2) que la tasa de crecimiento medio anual de este segmento es alta a pesar de caer sensiblemente en los dos quinquenios, por lo cual su peso relativo tiende a estabilizarse alrededor del 30% en el último.

³⁰ Ciudades con población menor a 500 mil habitantes.

³¹ Toma las 14 ciudades de 1990, le suma seis en 1995, y este mismo universo se contempla en 2000. Para la relación completa de las ciudades, véase nota 1 del Cuadro 2.

primera mitad de los noventa se eleva significativamente, y en la segunda mitad de la misma década casi se igualan los valores.

Finalmente, el concepto de *intermedias*, definido como las ciudades que en cada año de registro cumplían con la condición demográfica para este rango urbano, responde a las fluctuaciones de las ciudades que lo integran.³³

Aquí sí se presenta un comportamiento que difiere de los dos anteriores, pues sólo en el primer lustro de los noventa se incrementa la participación relativa vinculada al ingreso de las ciudades de Culiacán de Rosales, Hermosillo, Mexicali y Morelia y las zonas metropolitanas de Saltillo y Veracruz; mientras que en la segunda mitad decae debido a la baja de Ciudad Juárez y las zonas metropolitanas de Toluca y Torreón, que para 1995 contaban con un millón y más de habitantes. Esta situación se explica con nitidez en las tasas de crecimiento media anual, que en la primera mitad de los noventa es de 4.8% y en la segunda se torna negativa (-4.6%), es decir, una caída de 9.4 puntos porcentuales.

Las dos categorías iniciales (*total e iniciales*) muestran que en México ocurre un proceso de fortalecimiento de las ciudades intermedias como centros demográficos,³⁴ pero la tendencia de los ochenta y noventa no permite asegurar que tal proceso se consolide, debido a la paradoja del crecimiento de las ciudades intermedias en el país, porque poseen un ritmo de crecimiento que para el 2010 llevaría a las zonas metropolitanas de Mérida, Querétaro y San Luis Potosí a incorporarse al rango de un millón y más de habitantes; y las zonas metropolitanas de Aguascalientes y Cuernavaca rondarían la cifra del millón de habitantes.³⁵

Adicionalmente, como resultado de la puesta en marcha de políticas demográficas a partir de la creación del Consejo Nacional de Población (CONAPO) a mediados de los años setenta, se espera que las tasas de crecimiento demográfico muestren una tendencia generalizada a la baja en todos los estratos de localidades, con una diferencia, el impacto será mayor mientras mayor sea el tamaño de la localidad debido a valores sociales y la aceptación de métodos anticonceptivos.

Desde la perspectiva urbano regional, ¿qué implicó el surgimiento de nuevas ciudades intermedias en el escenario nacional? Un primer resultado relevante, consiste en que de las principales ciudades de la región centro, sólo la ciudad de Pachuca de Soto no integraría el conjunto de ciudades con un millón y más habitantes; incluso, apenas bordería el rango de ciudad intermedia, pues se clasifica en el rango de ciudades pequeñas.³⁶

³³ Para conocer las ciudades que integran este segmento, véase la nota 3 del Cuadro 2.

³⁴ También se les considera eventualmente económicos.

³⁵ Estimaciones propias con base en CONAPO (2003b).

³⁶ En el año 2000 Pachuca contaba con 287,431 habitantes (INEGI, 2001).

Sin embargo, esto es insuficiente, por lo cual es pertinente analizar los impactos regionales de la evolución antes descrita, y de esta forma explicar los resultados territoriales. Para ello se elabora una agrupación regional de las ciudades de acuerdo con el volumen de población y la zona geográfica en la que se ubican.

En el análisis se consideran las ciudades y zonas metropolitanas que a lo largo del periodo 1980-2000 clasifican como ciudades intermedias y millonarias, donde la imagen de 1980 corresponde a lo que se puede denominar “condiciones iniciales” a efecto de considerar una desconcentración efectiva o no en términos territoriales.

El conjunto de ciudades con un millón y más de habitantes en 1980 estaba conformado por las zonas metropolitanas de las ciudades de México, Guadalajara, Monterrey y Puebla; la primera y la última ubicadas en el centro del país, la segunda en el occidente y la tercera en el nororiente del país. A ello se suman 7 ciudades intermedias, en el centro del país (zonas metropolitana de la ciudad de Toluca); dos más en el occidente (las zonas metropolitanas de León y San Luis Potosí), que refuerzan la centralidad de la zona metropolitana de Guadalajara y permiten articular mejor el espacio y las actividades que en él se realizan; una ciudad intermedia en el ámbito de influencia de la zona metropolitana de Monterrey (zona metropolitana de Torreón); y tres más en diferentes regiones como cabeza de los subsistemas regionales: Juárez en el norte-centro, Tijuana en el norponiente y en la Península de Yucatán la zona metropolitana de la ciudad de Mérida.

Una década más tarde el universo de las mayores ciudades del sistema no se modifica, sin embargo, el rango de ciudades intermedias se fortalece con la aparición de siete ciudades. Las zonas metropolitanas de Querétaro y Cuernavaca en la región centro, la de Aguascalientes en el Occidente, la de Tampico-Madero en el nororiente, la de Coahuila en el Golfo, la de Chihuahua en el norte-centro y la ciudad de Acapulco de Juárez en el Pacífico sur. Esto muestra que las regiones más beneficiadas con la aparición de ciudades intermedias, y la supuesta desconcentración son el centro y occidente, mientras que en las regiones del nororiente se consolidan pares urbanos.

Al finalizar el siglo XX, el número de ciudades con un millón y más se incrementa con la transición de ciudades intermedias, como la zona metropolitana de Toluca en la región centro, lo que consolida un anillo de ciudades de este segmento en torno de la principal zona metropolitana del país. En el occidente la zona metropolitana de la ciudad de León se agrega a las ciudades millonarias con lo que configura un eje Guadalajara-León, en el nororiente además de la zona metropoli-

tana de Monterrey se agrega Torreón (en La Laguna). Mientras que en el norte-centro aparece Ciudad Juárez en el segmento de las mayores ciudades y lugar central en la región.

Respecto de las ciudades intermedias el impacto se distribuye entre las regiones del norte y el occidente. Dos de las seis nuevas ciudades intermedias se ubican en las regiones fronterizas, la zona metropolitana de Saltillo en el nororiente y Mexicali en el noroccidente, a lo que se suman las ciudades de Hermosillo y Culiacán en el Pacífico norte. Fuera de estos espacios, el occidente y el Golfo con una ciudad respectivamente (Morelia y zona metropolitana de la ciudad de Veracruz), que apuntan a una articulación con el norte.

En síntesis, los mayores impactos en las dos últimas décadas muestran los siguientes resultados:

- a) En la región centro se observa una “desconcentración” hacia las ciudades de su entorno, lo que fortalece la aparición de un subsistema de ciudades con un millón y más habitante, pero que no contribuye *per se* a la estructuración del sistema nacional.
- b) La región que muestra mayores impactos en términos de desconcentración es el occidente, que configura un eje urbano formado por Guadalajara y León, al que se articulan las ciudades de Morelia, San Luis Potosí y Aguascalientes como ciudades intermedias con un elevado dinamismo económico asociado a la exportación.
- c) El fortalecimiento de los ejes urbanos en el norte, pero con escasa articulación regional, excepto en el nororiente con Monterrey–Torreón y apoyado en Saltillo–Tampico–Madero, mientras que en las otras dos regiones del norte aparecen ciudades que operan como puntos específicos y escasa influencia.
- d) En el Golfo la dupla urbana Coatzacoalcos–Veracruz, con potencialidad para extenderse hasta Villahermosa, pero que requiere de otros subcentros urbanos, papel que habría de desempeñar la capital tabasqueña y que se ordena por actividades petroleras, por lo que no parece directamente vinculado a actividades exportadoras hacia el norte, sino hacia la vinculación del mercado europeo y el mercado interno, sobre todo en el caso de Veracruz.
- e) Hacia el sur–sureste mexicano no se observan efectos de la desconcentración urbana, y son las entidades menos vinculadas a la actividad exportadora de la globalización, cuyas mayores ciudades Tuxtla Gutiérrez y Oaxaca de Juárez alcanzarían el rango de ciudades intermedias en un horizonte temporal que va a 2005 y 2007, respectivamente.

En suma, parece advertirse una tendencia aún limitada de impactos urbanos que benefician al norte y occidente del país, pero no al centro y sur de éste.

4. A modo de conclusiones

La evolución urbana es un proceso que puede entenderse como “natural”, en la medida que el crecimiento demográfico posibilita que la mancha sobre la cual se extienden las ciudades aumente. A ello se suman otros factores como la actividad económica, la dotación de equipamiento e infraestructura urbana y la creación de vías y medios de comunicación por parte del gobierno. Pero no asegura que tal crecimiento sea ordenado, que responda a los valores socialmente aceptados o que sea compatible con el desarrollo urbano-regional acorde a criterios de sustentabilidad.

Adicionalmente, estos procesos muestran características urbanas múltiples: sitios de trabajo, de residencia e intercambio que inciden en el desarrollo de espacios mucho más amplios, es decir, son unidades abiertas que requieren de planeación para alcanzar un ordenamiento funcional al desarrollo.

La incidencia de la globalización en la estructuración de centros urbanos y en la refuncionalización de espacios regionales no es ni directa ni en una sola vertiente; el impacto depende de las modalidades de inserción de los diversos componentes de la economía “local” en las redes de los circuitos globales, así como de su interacción con las distintas fuerzas que componen la dinámica “natural” de evolución de los espacios urbanos.

En efecto, la globalización puede entenderse como la emergencia de una nueva tendencia desconcentradora de los conglomerados de las grandes ciudades al reforzar la especialización regional, lo cual mejora la posibilidad de estructurar sistemas regionales que fortalezcan el crecimiento y la integración funcional de las nuevas ciudades intermedias, en un sistema que favorezca la reducción de la dinámica demográfica en las megalópolis.

En el caso de México, el reordenamiento del espacio central del país, fortaleciendo el desarrollo y especialización de las ciudades de Querétaro, Cuernavaca, Toluca, Puebla y Pachuca, posibilitaría un reordenamiento de los flujos migratorios y la oportunidad de revertir las tasas de crecimiento demográfico de la ciudad de México hasta aproximarla a su tasa natural; toda vez que transformar a las ciudades del entorno inmediato implica convertirlas en articulaciones entre los diferentes subsistemas urbanos regionales, por ejemplo Querétaro y Toluca con el occidente por dos vertientes, Puebla con el sur-sureste, Pachuca con Tampico-Madero; y Cuernavaca con el Pacífico sur. Al tiempo que Guadalajara cobra el papel de ordenador hacia el Pacífico norte y Tabasco lo haría hasta Campeche.

Referencias bibliográficas

- Baeninger, R. (1999). “Redistribución espacial de la población: características y tendencias de caso brasileño” en *Notas de Población*, núm. 65. Santiago de Chile.
- Benko, G. (1996). “Organização económica do território: algumas reflexões sobre a evolução no seculo siglo XX” en Santos, M. Souza, M.A.A. e Silveira, M.L. (coord.) *Territorio: globalização e fragmentação*, São Paulo: Hucitec–Anpur.
- Berry, B. (1980). “Urbanization and counterurbanization in the United States in the 1970’s” en *Annals* apps, núm. 451, septiembre.
- Castells, Manuel (1998). *The informational city, information technology, economic restructuring and the urban–regional process*, Oxford, Basil: Blackwell.
- CEPAL (1979). “Los asentamientos humanos en América Latina” en *Notas sobre la economía y el desarrollo de América Latina*, núm. 304, Santiago de Chile.
- CONAPO (1994). *La Evolución de las ciudades en México 1900-1990*, México: CONAPO
- (2001). *La situación demográfica de México*, México: CONAPO
- (2003). *Clasificación de las ciudades 1990-2000*, México: CONAPO
- (2003b). (www.conapo.gob.mx)
- Cunha, J. M. P.(2000). “La movilidad intrarregional en el contexto de los cambios migratorios en Brasil en el periodo 1970-1991: el caso de la Región Metropolitana de São Paulo” en *Notas de Población*, núm. 70, Santiago de Chile, pp.149-185.
- Champion, A. (1998). *Population “Developed countries: has counter-urbanization stopped?, population distribution and migration*, New York: United Nations.
- De Mattos, C. A. (2001). “Globalización y metropolización en Santiago de Chile: una historia de continuidades y cambios” en *Metropolización en Chile. Interrogantes y desafíos*, Santiago de Chile.
- Di Filippo, A. (1975). “Las tendencias del crecimiento y la distribución espacial de la población en América Latina”, documento presentado en el Encuentro sobre migraciones, Consejo Episcopal Latinoamericano, Quito, noviembre.
- Garza, G. (coord.) (1999). *Atlas demográfico de México*, México: CONAPO y Progreso.
- y Schteingart, M.(1984). “Ciudad de México: dinámica industrial y estructuración del espacio en una metrópoli semiperiférica” en *Demografía y Economía*, vol.18, núm. 4, México.
- Geyer, H. y T. Kontuly (1993). “A theoretical foundation for the concept differential urbanization” en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol.14, núm. 2, mayo–agosto.

- Gwynne, R.N.(1999). “Globalization, neoliberalism and economic changes in South America and Mexico” en Gwynne, R.N. y Kay C. (ed.) *Latin America transformed: globalization and modernity*, London: Arnold.
- Harvey, D. (1992). *Condição pós-moderna*, São Paulo: Editorial Loyola.
- Hiernaux–Nicolas, D.(1998). “La economía de la ciudad de México en las perspectiva de la globalización” en *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. 1, núm. 14, Colegio de México y UAM–Xochimilco.
- INEGI (2001). *Censo de Población y Vivienda 2000*, México: INEGI.
- Jordán, R.(1982). “Distribución espacial de la población y desarrollo, notas acerca de los asentamientos urbanos de América Latina” en *Notas de Población*, núm. 28, abril, pp.9-42, Santiago de Chile.
- Lattes, A. (1995). “Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina” en *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 28, Santiago de Chile.
- Negrete, M. E.(1999). “Desconcentración poblacional en la Región Centro de México” en *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 2 (41), vol.14, El Colegio de México.
- Ortiz Mena, A. (1960). *El desarrollo estabilizador en México*, México: Banco de México.
- Pacheco, C. A. (1998). *Fragmenção da nação*, Brasil: Instituto de Economía/Universidad de Campiñas.
- Patarra, N. (2000). “Do urbano às novas territorialidades: conceitos e questões”, Rio de Janeiro: IPEA, Relatório de Pesquisa.
- Pimentel, M.M.(2000). “La reestructuración de los espacios nacionales en los inicios del siglo XXI: continuidad y cambio en la distribución espacial de la población mexicana”, CELADE, Santiago de Chile (mimeo).
- Santos, M. A. (1990). *Técnica, espaço tempo: globalização e meio, técnico-científico informacional*, São Paulo: Editorial Huccitec.
- Tofler, A. (1993). *El shock del futuro*, Barcelona: Plaza y Janés.
- United Nations (2000), *World Urbanization Prospects: the 1999 revision, data, tables and highlights*, United Nations, Population Division, ESA/P/WP.161, New York.
- Wong–González, P. (1999). “Globalización y virtualización de la economía: impactos territoriales”, V Seminario de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio, Universidad Autónoma de México; Toluca.